

## **Las costuras de la memoria**

*Max Imum*

Categoría A - Relato

En mi casa siempre existió una costumbre muy arraigada de bajar el tono de la conversación cada vez que salía a relucir el nombre de mi madre. Bastaba que alguna vecina se detuviera en el portal a preguntar por su salud para que mi tía Adela bajara los ojos, se alisara el mandil con un disimulo ensayado y soltara un suspiro breve, de esos que parecen pedir perdón al vecindario por existir. Decían los parientes en las sobremesas del domingo que Virtudes era mujer quebradiza, falta de brío, tocada por una sombra en el entendimiento que le nublaba las ganas de vivir cada cierto tiempo. «Ya sabéis lo suya que es», comentaban inclinando el rostro con esa compasión amarga y distante con que la gente fuerte suele juzgar a los desvalidos, «cuando le da la nube en la sesera, ya no levanta cabeza en semanas». Y yo, que me crié viéndola pasar días enteros en la penumbra de su alcoba, contemplando las ramas del limonero a través de las maderas de la persiana, aprendí a temerle a su tristeza. Temía sus silencios, la palidez de sus dedos al sujetar el tazón de tila y, sobre todo, temía haber heredado su quebranto, esa fisura callada que la apartaba del tráfigo del mundo.

Con los años me dediqué al arreglo de ropas desgastadas, gabardinas viejas y trajes de fiesta deslucidos en un rincón de la tintorería que regenté en el barrio de las Delicias. Siempre encontré una dicha secreta en devolver la compostura a las prendas que otros daban por perdidas. Reparar un descosido o cambiar un forro tiene una virtud sosegada, una calma que aplaca el temblor de las manos. Yo también arrastro mis propias tormentas: llevo media vida temiendo los domingos al atardecer, las sacudidas súbitas del corazón en mitad del autobús y esa tristeza pegajosa que se instala en el pecho sin previo aviso. Durante casi cuatro décadas oculté las visitas al especialista y guardé las cajas de pastillas en el fondo del cajón de las herramientas, abochornado de repetir, paso por paso, la misma condena materna.

Hace tres semanas, tras el entierro de Virtudes a sus ochenta y cuatro años, me tocó desocupar los armarios de su alcoba. Entre bolitas de alcanfor y sábanas de hilo dobladas con primor, encontré su abrigo de gala: una prenda de lana azul marina con botones de nácar que estrenó a finales de los años sesenta y que guardaba como un tesoro. Al cepillarle las solapas para envolverlo en papel de seda, advertí un

abultamiento extraño en el dobladillo inferior, justo en el revés de la entretela. Desbaraté con paciencia las puntadas con la tijerita de bordar y extraje un cuaderno menudo, de tapas de hule encarnado, sujeto con una goma elástica ya sin fuerza.

Esperaba toparme con devocionarios piadosos, cuentas de la plaza o recetas de bizcocho, pero al abrirlo me encontré con una caligrafía menuda y recta, trazada con tinta azul. Eran nombres de médicos desconocidos, fechas exactas y listas de remedios anotadas con disciplina de colegiala: amitriptilina, gotas de melisa, haloperidol, sesiones tempranas en el ambulatorio de la calle Atocha. Los primeros apuntes comenzaban en octubre de 1976 y llegaban hasta mediados de los años ochenta.

Aquella libreta parecía confirmar el fantasma que tanto me asustaba: el registro minucioso de una mujer doblegada por sus propios nervios. Sin embargo, al cotejar las fechas con cuidado, algo empezó a removerse en mi memoria con una claridad inesperada.

Me senté en el suelo entarimado, con la luz dorada de la tarde filtrándose por los visillos, y desplegué las hojas del cuaderno junto a las fotos familiares que guardábamos en una lata de membrillo. Busqué la primera fecha: noviembre de 1976. Mi madre anotaba allí un acceso atroz de llanto, insomnio prolongado y una dosis doble de grageas prescrita por un doctor llamado Albarrán. En mi recuerdo de muchacho, no obstante, aquel año transcurrió bajo otro signo. Fue el invierno en que despidieron a mi padre tras la quiebra de la fundición. Mi padre cayó en un abatimiento mudo, incapaz de cruzar el umbral de la puerta, pero en nuestra cocina jamás faltó un plato caliente ni nos cortaron la luz. En el cuaderno, justo debajo de las indicaciones del médico, figuraban varias filas de números trazados a lápiz: *«Ocho batas para confecciones Ruiz: ochenta duros. Doce camisas rematadas: ciento veinte duros. Entregado todo a su hora»*.

Fui pasando las hojas. La primavera de 1981 recogía otro ingreso de dos semanas en una casa de salud, con frases entrecortadas donde ella relataba un pavor inmenso a salir a la calle y una flojera en las piernas que la clavaba a la banqueta. Y, sin embargo, aquel marzo coincidió con la gangrena en la pierna de mi abuela y con los meses en que mi hermano menor cayó postrado por las fiebres. Mi madre no solo acudía a sus consultas en Madrid. Regresaba de noche en el tranvía, se refrescaba la frente con agua de la pila del patio, planchaba sábanas ajenas hasta las tres de la madrugada y dejaba la comida lista antes de que amaneciera.

Me di cuenta en ese momento, con un vuelco que me recorrió el cuerpo ente-

ro, de la verdad que en mi familia nadie quiso mirar de frente. Mi madre no se acostaba en la oscuridad por cobardía o flaqueza: se desplomaba sencillamente cuando ya no le quedaba una gota de aliento tras sostener la casa sobre sus espaldas. Había combatido la noche de su propia mente sin pedir tregua, tragándose el espanto, las palpitaciones y el desamparo en una época que despachaba el sufrimiento del alma con electrochoques, sermones moralizantes y silencios culpables. Cuando el desánimo la vencía, ella se enderezaba en la cama a coser ojales para saldar los apuros de todos los que luego murmuraban compadeciéndola.

Su quebranto no era un baldón de debilidad, sino el testimonio de una entereza extraordinaria. Jamás fue una criatura frágil, fue el puntal invisible de nuestras vidas mientras peleaba a solas contra sus fantasmas interiores.

Acaricié la lana azul sobre mis rodillas, todavía firme y abrigada, y sentí que una vieja culpa se disolvía para siempre. Durante décadas había vivido atemorizado por mis propias fragilidades, ocultando las terapias y el cansancio como si fueran una tara vergonzante. Creía que heredar su sangre era una condena a la desesperanza. Ahora sabía que en esa misma sangre venía inscrita una inmensa capacidad para resistir y levantarse.

Aquella misma tarde tomé hilo torzal, enhebré la aguja y cosí de nuevo el forro del abrigo, pero dejé el cuaderno sobre la cómoda, junto al retrato donde ella sonríe con su peinado de fiesta y sus ojos serenos.

Cuando mi hija llegó a cenar esa noche, me vio ordenando los volantes y las cajas de mi tratamiento sobre la mesa del salón. Me miró con extrañeza y me preguntó qué era todo aquello. En otro tiempo le habría contestado con evasivas sobre el reuma o la falta de hierro. Esta vez respiré despacio, sonreí y la invité a sentarse a mi lado. Le hablé de las tormentas que a veces cruzan la mente, de la ayuda necesaria para disiparlas y de su abuela Virtudes, que nos enseñó a zurcir la vida incluso cuando la tela parece quebrada sin remedio.